

## ERNESTO SÁBATO (1911-2011)

**Pablo Ruiz**  
*Tufts University*

Ernesto Sábato, escritor argentino, ha muerto en su casa de Santos Lugares, en la provincia de Buenos Aires, el 30 de abril de este año. Autor de tres novelas y varios libros de ensayos, recibió los máximos honores de las letras en lengua española, incluido el Premio Cervantes, y múltiples reconocimientos internacionales por su actividad literaria y política.

Había nacido casi cien años antes, el 24 de junio de 1911, en el pequeño pueblo de Rojas, a más de doscientos kilómetros de la ciudad de Buenos Aires. Sus padres eran inmigrantes italianos llegados de Calabria a fines del siglo XIX. Fue el décimo de once hijos varones y fue bautizado Ernesto en homenaje al noveno, muerto poco antes de que él naciera. Producto de la educación pública argentina, fue a la escuela primaria en Rojas y al secundario en la ciudad de La Plata, donde fue alumno de Pedro Henríquez Ureña, el gran intelectual dominicano, y de Ezequiel Martínez Estrada. En 1929 ingresó a la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas de la Universidad de La Plata, aunque su gran vocación temprana fue la política. En 1930 dictó un curso informal sobre el marxismo, una de cuyas alumnas, Matilde Kusminsky-Richter, sería su futura esposa. En 1933 abandonó los estudios para dedicarse por completo a la militancia. Fue miembro activo del Partido Comunista y hasta llevó una breve vida clandestina en la localidad de Avellaneda, pero pronto el desencanto con el estalinismo lo llevó a abandonar el comunismo y a retomar sus estudios de física. Se doctoró, fue becado al prestigioso Instituto Curie de París en 1938, y al año siguiente pasó una temporada en el no menos prestigioso MIT de Cambridge, Massachusetts. En París se vinculó con miembros del Surrealismo, del que más tarde fue un

crítico lúcido, pero cuyos postulados antirracionalistas compartió. Una reseña de 1941 de *La invención de Morel* de Bioy Casares llamó la atención de Pedro Henríquez Ureña, quien lo conectó con el grupo Sur. En 1943 dejó definitivamente la ciencia para dedicarse a las letras y a la pintura, en las que veía medios más idóneos para alcanzar la comprensión de la condición humana, su aspiración declarada.

Escribió las novelas *El túnel* (1948), *Sobre héroes y tumbas* (1961) y *Abaddón el exterminador* (1974), y los libros de ensayos *Uno y el universo* (1945), *Hombres y engranajes* (1951), *Heterodoxia* (1953), *El escritor y sus fantasmas* (1963) y *Apologías y rechazos* (1979). En todos ellos se manifiesta su fuerte inclinación pedagógica y expositiva, lo que no deja de debilitar los textos de ficción. Fue uno de los primeros intelectuales en tratar de entender y aceptar el peronismo, esfuerzo que plasmó en el ensayo *El otro rostro del peronismo* (1956). También escribió un libro autobiográfico, *Antes del fin* (1998), y el estudio *Tango, discusión y clave* (1963), que dedicó a Jorge Luis Borges. *Tres aproximaciones a la literatura de nuestro tiempo. Robbe Grillet-Sartre-Borges* (1968) es una declaración de principios literarios a partir de su relación con esas tres figuras de las letras del siglo XX. El existencialismo en particular, del que fue temprano difusor, ha dejado una marca en su obra, tanto por la preocupación por lo existencial humano como por la figura del intelectual comprometido promovida por Sartre, y que Sábato encarnó. Recordemos también que fue Albert Camus quien recomendó la publicación de *El túnel* en francés.

Dos eventos vinculados a la última dictadura militar argentina marcaron su percepción como hombre público y pasaron a formar parte de su retrato. En 1976, poco después del golpe militar, asistió a un almuerzo con el dictador Jorge Rafael Videla, junto con Borges y otros dos invitados. En ese almuerzo pidió la liberación del escritor Antonio Di Benedetto, que había sido encarcelado por los militares y que fue liberado al año siguiente, en parte gracias a ese pedido. El otro evento, en 1983, poco después de restaurada la democracia bajo el gobierno de Raúl Alfonsín, fue su nombramiento al frente de la comisión que se encargó de investigar la desaparición de personas durante la dictadura. Este trabajo de investigación dio por resultado el informe *Nunca más*, que serviría de instrumento en el juicio a las cúpulas militares por crímenes contra la humanidad. Fue el primer informe de su tipo elaborado en América Latina y con justicia transformó a Sábato en símbolo de la lucha por los derechos

humanos en todo el continente. En estos años se sucedieron los premios y reconocimientos internacionales, que prologaron su paulatino eclipse de la escena pública. Sus últimos años lo vieron retirado en su casa de Santos Lugares, donde solía recibir generosamente a quienes se acercaban a visitarlo.

La fallida profecía de la muerte del autor promovida por las academias le hubiera convenido. Habría atenuado o disuelto el juicio de César Aira: “[En *El túnel*] ya se manifiesta la falla central de Sábato: una inadecuación entre su personalidad y sus intenciones estéticas. Sobre su robusto sentido común, sobre sus ideas convencionales y políticamente correctas, era imposible ajustar pretensiones de escritor maldito o endemoniado, o tan siquiera angustiado. No tuvo más remedio que crear un personaje que se dice malo, atormentado y sombrío, con una insistencia francamente infantil” (*Diccionario de autores latinoamericanos*). Este juicio es severo, pero no condena directamente sus textos —si pudieran ser leídos como escritos por otro—. Fue reivindicado por Abelardo Castillo desde la revista *El escarabajo de oro* y atacado por David Viñas desde la revista *Los libros*. Los escritores de las generaciones siguientes raramente lo han tomado como modelo. Quienes hemos leído en la juventud *Sobre héroes y tumbas*, su libro perdurable, no olvidamos el impacto de esa novela exuberante y de alcance épico. Sus defectos son evidentes, pero sus virtudes también. El amor adolescente entre el tenue Martín y la arrolladora Alejandra, el “Informe sobre ciegos” anclado en la literatura fantástica y en la tradición arltiana y paranoica de la conspiración, el deseo del viaje patagónico y el afán de expansión hacia los espacios abiertos de la geografía y del porvenir, levantan el lastre de la anacrónica explicación del ser nacional, de la reproducción poco lograda del habla popular, y de una retórica que tropieza a menudo con la explicación y la grandilocuencia. Sábato fue tal vez, usando la terminología de Gombrowicz, un escritor inclinado hacia la Inmadurez (es decir, en palabras del mismo Sábato en su certero prólogo a *Ferdydurke*, “la adolescencia, el circo, el absurdo, el romanticismo, la desmesura y el barroco”) y que por lo tanto requería lectores Inmaduros, o sea habitantes plenos del pulso vital y de las pasiones. En un mundo en el que el mejor lector fuera el adolescente que fuimos, Sábato sería una de las deidades literarias.

Fue constructor de telescopios, pintor, amigo de Gombrowicz, polemista, padre, experto en teoría de la relatividad y en mecánica

cuántica, profesor, enciclopedista. Tal vez nunca haya podido dejar de ser lo que fue en París: una especie de oximorónico científico surrealista, un ordenado y metódico reivindicador del caos y la locura. También fue, acompañado de sus contradicciones y de su tímida vanidad, un hombre esencialmente ético.